(c) *Educación del gusto.* Se alejará del paladar del niño toda sustancia alcohólica y las muy excitantes, pues no ha menester en aquella edad, de otras bebidas y alimentaciones que las simples. Lo contrario es matar en flor la acción de este sentido, y por lo tanto es quitarle uno de los dónes que el Creador ha puesto al servicio de sus criaturas. Los aperitivos deben guardarse para cuando la mucosa gástrica haya con el tiempo perdido su fuerza natural.

(d) *Educación del olfato.* Los fuertes olores quitan la facultad sensitiva de los nervios olfatorios, por lo que han de alejarse de los niños, á quienes conviene, al contrario, acostumbrar á olores finos, suaves, y delicados, para que establezcan comparaciones y juzguen de sus bondades; cuya educación puede con el tiempo servirles de gran provecho. Al olfato, conviene educarlo, pues, á diversidad de olores, pero huyendo siempre de los fuertes.

(e) *Educación del tacto.* Este sentido, al parecer tan secundario, presta al hombre grandes servicios, y sin embargo apenas se cuida de su educación desde la cuna. Conviene educar al niño á que mediante el tacto distinga pronto la diversidad de temperaturas, para que de ellas no sea víctima, sobre todo de los efectos destructores del fuego. Introduciendo la mano del niño en agua fresca, fría, templada y caliente, es la manera pronta de hacerle comprender las temperaturas de los cuerpos.

Hay con el tacto, que enseñarle la pesantez de los cuerpos, comparando la diferencia de peso entre una pluma, la paja, una bala, arena, piedra, madera, hierro, etc.

Asímismo se le enseña á distinguir el grado de la pulimentación, haciendo correr sus manecitas sobre el marfil, los cristales, sustancias ásperas, etc., etc.

La figura, poniendo á su alcance, cuerpos geométricos, hoy ya tan en boga.

Y en la educación de los sentidos hay que proceder siempre de lo simple á lo más complicado, sin producir cansancio ni en los mismos sentidos, ni en la inteligencia del niño.

Téngase en cuenta que jamás están dormidos los sentidos; siempre son susceptibles de perfeccionamiento. Esta perfección es necesaria para el encéfalo, toda vez que los sentidos son sus más avanzados centinelas, pues nada penetra dentro del cérebro sin que pase por aquellos conductores. Vale, pues, la pena de coadyuvar al desarrollo de unos órganos que son la puerta de entrada al *gran sensorium*, éje de nuestro organismo.

§ XI.

Educación moral.

Quizá vayamos nosotros demasiado lejos al tratar sobre este capítulo en un tratado médico; más como quiera que nuestra misión es la de dar los medios de precaver y curar las enfermedades, de cualquiera clase que sean, permítasenos penetrar en este terreno, desde el momento que está reconocido por todos, la influencia de la moral sobre la salud.

Lo primero que debe enseñarse á la niñez, con algún destello de razón, es la enseñanza á la *obediencia*. El niño que con sus rabietas, gritos y lágrimas, alcanza sus deseos, es el primero de los déspotas. En la obediencia de la niñez á los buenos cuidados de sus padres, está la fuente de su dicha y salud, siempre y cuando la persona directriz de los actos de la infancia, sea justa, enérgica y moderada en sus mandatos. Eso sí, al niño, hay que mandarlo con razón para que éste obedezca sin darse cuenta de su obediencia. Hay que procurar de los hijos, el mayor crédito posible á las órdenes de los padres, y tener en cuenta que éste se pierde luego, al ceder á su voluntad caprichosa.

Influyendo grandemente en la salud de los niños sus disgustos, para evitárselos, basta muchas veces la prudente autoridad paterna.

No se debe jamás engañar á los niños, porque el engaño es luego, engendro de desconfianzas y de sufrimientos morales. La influencia moral de los niños á favor de los padres, nace de la confianza que estos logren inspirarles. Para mantener ésta, conviene no abandonar al siguiente día, los justicieros mandatos de la víspera.

La venganza, por frívola que parezca, de un niño sobre otro, trastorna su moral, y es causa luego de enfermedades morales, siendo por tanto necesario corregir blandamente y si conviene, con cierto rigor el rencor de la niñez en su primera aparición.

La costumbre de mentir y de engañar entre los niños, mirada como cosa baladí, no debe de ningún modo tolerarse, por ser causa de hábitos funestísimos. De la mentira se va al engaño, de este al robo, y del robo... al cadalso.

Las preferencias entre los hijos, producen odio, envidia, tristeza y venganza, y después de creada mala sangre, dá mala nutrición, produciendo enfermos organismos, y más tarde viciosa Humanidad.

Las sorpresas, el miedo, y los sustos, son fuentes de afecciones de corazón, de la inervación y de malos hábitos.

A los hijos por *natura* tímidos, ó venidos tímidos por sustos, se les corregirá con habilidad y dulzura.

El buen crecimiento moral del niño se obtiene empleando dignidad, firmeza, razón, ternura é indulgencia.

El amor de los hijos, fuente de su alegría, es hija del cariño paterno bien aplicado. La puerta de la ciencia se abre á la niñez, atendiendo á sus curiosidades, y la confianza, disipando sus errores.

La ociosidad en los niños es fuente de inagotables trastornos físico-morales.

La frugalidad en el niño es base de su alegría y salud, como lo es de su embrutecimiento y malestar, la tolerancia de la inmunda blasfemia, y demás soeces expresiones que rebajan el linaje humano. Pero donde la tierna infancia, pierde más prematuramente su habitual alegría, es al entregarse á los hábitos deshonestos, de los que nos ocuparemos más estensamente al hablar del onanismo. *(Véase éste.)*

Aunque esto corresponde á la instrucción, no podemos acabar este párrafo sin aconsejar el que se deje al niño libre en la elección de artes, ciencias y demás medios de su futura subsistencia. Hacer lo contrario, es matar el cuerpo y la inteligencia del niño, privándole del fruto que habría dado, aplicándose en aquello que manifestaba aptitud y tenía inclinación.

No mirando como cosa baladí el tratar de la *educación* en esta obra consagrada á las enfermedades de los niños, desde el momento que para nosotros la educación es considerada como fuente de toda higiene, en que va unida la mejor manera de prolongar y conservar la vida humana, precisa que ampliemos más este párrafo, aún á trueque de parecer pesados.

El niño desde su nacimiento hasta la edad de la razón, es ni más ni menos que, una informe figura de virgen cera, que espera recibir los contornos á que se la quiera sugetar, para hacerla adquirir más tarde la manera de su futuro ser. Si á esta figura de cera, venís á tratarla con imperfectos moldes, necesariamente quedará informe; más, si éstos son artificiosos, forzosamente aquella resultará digna de la Estética. Exactamente ha de suceder en la inmensa mayoría de los casos, con la criatura. Esta saldrá según fueron los moldes aplicados en su acrecentamiento. Si hacer Higiene es conservar la vida, prolongarla, practicar la virtud, moralizar la Humanidad y dignificar al hombre, y la *educación* no es otra cosa que *higienizar*, de ahí cuánta será la trascendencia para el niño, de comenzar su educación desde su nacimiento.

Con la educación, la experta madre, mediante la razón de su conciencia, no mira como el diós de la casa á su hijo, y

éste no elevado á su entronizamiento, sinó mirado con un amor razonado, es cuidado, limpiado, alimentado, velado y atendido en todo, no al imperio de su irracional capricho, sinó según sus reales y verdaderas necesidades.

Ya lo hemos dicho; pero en otra forma lo repetiremos aquí. Los movimientos del espíritu son ya embrionarios desde el nacimiento, del mismo modo que lo son sus destellos de inteligencia, por rudimentarios que parezcan. Que el niño quiere y deja de querer desde sus tres primeros meses, es cosa que no se escapa á ninguna madre observadora. Y siendo evidentes las voliciones del niño á partir desde la cuna, de ahí que, estando en éstas la levadura del bien y del mal, de lo cual dependerá más tarde su mayor ó menor energía del *alma*, y *por consiguiente también del cuerpo*, es forzoso venga prematuramente la educación á encauzar las estraviadas voliciones del alma, ó á no consentir su estravío, si van derechamente, comenzando tan grande obra, desde que la voluntad del niño, empiece á manifestarse de cualquier modo que sea, y por rudimentariamente que así lo haga.

El niño, desde el primer destello de razón, sufre ciertos activos impulsos que le encaminan á un fin determinado: tales movimientos propios del alma, constituyen las pasiones, que viven siempre en lucha perenne atentando de consuno contra la higiene del individuo, y por tanto contra su salud. Las pasiones son siempre instintivas y todas ellas bien encauzadas, sirven de provecho al hombre. Desbordadas, arrastran en pos de sí la vida del individuo. ¡Cuánto estudio, pues, no requiere para adivinar en el niño la naturaleza de sus pasiones embrionarias, á fin de convertirlas en fuente de salud y de moral, en vez de labrar su desdicha dejándolas abandonadas!

La *gula* primera etapa de la pasión instintiva de la tierna infancia, la *intemperancia en el régimen*, segunda etapa, y el *onanismo* luego, son pasiones naturales del ser, que jamás deben dejarse encaminadas á su propia fuerza.

Conforme apunta la razón del niño, entra éste en otro orden de pasiones, de resultados no menos terribles que los anteriores para su salud y moral, cuando se dejan sin estudio para encauzarlas, si ello precisa. Esta clase de pasiones pertenece al grupo de la *afectividad* ó *amatividad*, y no solo alcanzan al individuo, sinó á la Humanidad de rechazo.

Cuando la pasión del *amor*, está bien dirigida, el niño ama á su familia, y es caritativo con sus semejantes, ennobleciendo todos sus actos; todo lo cual contribuye de un modo positivo al perfeccionamiento de su salud, fuente de vida propia y manantial de vida lozana, que trasmitirá á su próle cuando sea llamado á matrimonio. Al contrario, cuando el sentimiento del amor no está bien dirigido, se hace egoista, odia cuanto le hace mella, ambiciona cuanto los demás poséen, es soberbio é iracundo, y esto lejos de serle *salutífero*, al revés, es causa prematura de *destrucción de su organismo*, y de *agotamiento de una vida*, que agostada por necesidad, sólo á su próle, si la alcanza, podrá trasmitirle aquel maléfico influjo de que él se ha hecho víctima. Y ¿habrá quien pueda negar la influencia de la educación prematura del niño, cuando esta es fuente de SU SALUD Y DE SU VIDA?

Entrados en materia tan grata para nosotros, acabemos de dejarnos deslizar por pendiente de sin iguales beneficios para la infancia, por nosotros tan tiernamente amada. Reanudemos nuestro esbozo, y completémoslo.

Hemos hablado de la *gula*. Precisa añadir, que esta pasión es la primera que nace quizá en el niño. Y no es estraño, dado que ella es parte inherente al instinto de la conservación, único predominante en la primera edad de la criatura. Corred por el camino de los días de la infancia, y, ¿qué veis? Vemos que á partir del día en que la criatura mama ya bien, con raras escepciones, y por bien tetada que ella esté, jamás parece satisfecha, con un metódico lactamiento. Aún su estómago no está vaciado de la leche, aún la sensación del

hambre no es posible exista; sin embargo, el niño vuelve con sus gritos, con su ávida y abierta boca, con sus movimientos de cabeza, á manifestar nuevos deseos de volver al pecho. Hay más; está el niño bien nutrido, todo le marcha viento en popa, y tanto nada le falta, cuando todo le sobra; y en corroboración á nuestro aserto, obsérvase que, no pudiendo su estómago contener tanta leche, la madre-naturaleza la restituye, evitando así una indigestión. A pesar de esto, el niño, movido por la *gula*, hace cuanto está de su parte para volver á mamar.

Crece el niño, éste ya no mama, *cóme* yá. El hogar organismo, en la infancia, es una *llama* que consume cuanto en él penetra, y gracias á esta providencial actividad digestiva, el niño recupera sus pérdidas, y tiene un sobrante para su acrecentamiento. Pero todo esto se verifica generalmente con voracidad, sin razón, pues no la puede haber aún, y de esta sinrazón de la *gula*, suceden tan frecuentes empachos gástricos, de cuales desórdenes funcionales, nacen no pocos trastornos nerviosos, estragos orgánicos, y tanto manantial de vermes, fuente á su vez de un conjunto de enfermedades simuladas, que, si el médico no es experto, las trata como enfermedades reales, de lo cual resultan tantos infructuosos tratamientos, por no decir perjudicialísimos. Madres que veláis por vuestros hijos, velad sábiamente por su salud. Corregid la *gula* desde la cuna, y no os arrepentiréis. Ya hemos dicho que el niño no debe estar sugeto en su alimentación, á la severidad de horas; más sí debe estarlo á la severidad de no permitirles comer más allá, de lo que permitan digerir sus fuerzas digestivas. Nada de golosinas, repetimos; nada de excesos en la alimentación del niño. Favorecer la *gula*, es abrir la puerta al cincuenta por ciento de las enfermedades que tanto molestan á la tierna infancia.

Vengamos ahora á la pasión del MIEDO. Es ésta una pasión que nace con el niño, y si no es corregida, será fuente de tras-

tornos físico-morales de notable cuantía. La pasión ó el sentimiento del miedo, es en la tierna infancia peligrosísimo, toda vez que afectando al niño de un modo marcado, le causa espanto, sinó terror, y los efectos son tanto más deplorables cuanto más nervioso es el niño que sufre aquella pasión. ¿Quién no recuerda sus alucinaciones infantiles producidas por el miedo? ¿Quién no recuerda la pusilanimidad que se apodera de una criatura miedosa? Si viviendo el niño de su nervosidad, engrandece por sí solo los objetos que afectan á su espíritu, ¿cómo no los agrandará más, si tales recuerdos son invocados por el miedo?

Y si el sentimiento del miedo es la hidra de cien cabezas para el niño de temperamento nervioso, ¿qué no será para el pobre linfático, cuya debilidad fisiológica es puerta de entrada á tan fatal pasión, y sobre todo para las niñas, de suyo exageradamente nerviosas? ¡Cuántas afecciones de corazón! ¡Cuántos trastornos encefálicos! ¡Cuántas neurosis! Y, ¡cuánto histerismo, antesala de la locura, produce el miedo en la infancia!

Cuanto cuidado se ponga para que no entre en el niño la pasión del *miedo*, será poco, y poca la vigilancia que se tenga sobre los domésticos que cuidan las criaturas. Entrado ya el niño en el terreno del *miedo*, nada hay más práctico para esta pasión, que la constancia en hacer raciocinar á la criatura sobre sus infundados motivos del miedo. No permitir queden solos, ni á oscuras, ni menos con objetos que impresionen su encéfalo. Nada de cuentos de duendes, buhos, lobos, y otras cosas por el estilo, que son el botafuegos del miedo. Procúrese no darle entrada, que una vez se apodere del niño, trabajo costará quitarle este tormento de sus horas más preciadas.

La EDUCACIÓN ha de entrar también como factor preventivo de la *cólera*, la *ira*, los *celos*, la *soberbia*, la *fatuidad*, la *avaricia*, el *amor*, y de un modo interesantísimo, también como factor de la inteligencia *intelectual*. Y no sólo en el ni-

ño, *la educación* debe prevenir el desvío de las pasiones, sinó que una vez por desgracia mal encauzadas, debe ir en busca de los medios para corregir su estravío, y sacar el mejor partido posible de aquellas.

Corramos ligeramente por sobre estas pasiones y ¿qué veremos de sus resultados sobre la salud del niño? Desgraciadamente demasiado.

La *cólera*, pasión dominante desde la cuna, fuente más tarde de un sin fin de delitos del hombre, es la base de malas nutriciones primero, de congestíones cerebrales y hepáticas luego, y porvenir seguro de una vida sin fuerzas materiales y morales, y consiguiente agostamiento de la salud del alma y cuerpo. ¡Con cuánta lástima vemos el abandono con que miran los padres, la cólera de sus hijos! ¡Qué pesar nos causa la impasibilidad de las gentes ante la cólera desplegada de los niños en sus riñas con sus compañeros! ¡Y se tienen por arranques de valor, lo que no es más que un trasporte de la cólera! No, no debe mirarse impasible la aparición de la cólera desplegada de los niños. Al contrario, suavemente deberá corregirse su aparición, y hay que demostrar al niño que la cólera no significa valor, sinó pusilanimidad, la que deja malos resultados para el cuerpo y para el espíritu. Es conveniente enseñar al niño, que aplique su carácter al vencimiento de sí mismo, logrado lo cual, será más valiente que el Cid, y más grande que Carlomagno.

La *ira*. Ved ahí otra hidra de mil formas, y así como la serpiente se enrosca al cuerpo para chupar su sangre, aquella se enrosca al alma, matándola junto con el cuerpo. La ira, ó mejor quizá que digamos, la *irascibilidad* del niño, es aquella disposición moral que le mueve á la impaciencia y á la dentera, ó sensación desagradable de rechinar voluntariamente unos dientes con otros, lo cual espresa la irritabilidad de que el niño está poseído. Mucho puede la educación contra la ira, y mucho debe hacer para matarla en flor, toda vez que

ningún otro sentimiento señala tan gráficamente la idea de la palabra pasión: esta indica un sentimiento del alma que sufre. ¿Y quién sufre más que el iracundo? El niño iracundo no vive, es un ser digno de lástima, á favor del cual no solo debe acudir la ciencia de educar, sinó el mismo arte médico. Examínese cuál puede ser la causa de la frecuente ira, y si es puramente nerviosa, y por tanto propia del temperamento, la dulzura, los más estudiados halagos, los más preciados consejos y ejemplos, una constante sociedad de opuestos moldes, son los más acertados medios para corregir aquella pasión; pero si no se corrige dará al niño un organismo y un espíritu sumamente empobrecidos. Cuando la causa de la ira pueda ser una viciosa nutrición, ya abusando de alimentos fuertes, demasiado condimentados, abuso de alcoholes, cosa nada rara por desgracia, es menester alejar tales defectos, empleando sustancias vegetales, agua pura en la bebida, nada de alcoholes, y además le serán convenientes baños templados, para así lograr menor turgescencia en los nervios vaso-motores, y de este modo hacer menos irritable el *gran sensorium*.

Los *celos*. Dejamos ya insinuado algo relativo á esta pasión, y completando ahora nuestro objeto, diremos, consiste este sentimiento del alma, en la creencia de ser preferida por otra que quizá no la aventaja. Los celos son la madre de multitud de enfermedades de la niñez, todas de carácter consuntivo; y el niño que por su fuerte constitución logra vencer semejante enfermedad, lo que gana en fortaleza de espíritu, habrá perdido en potencia orgánica. No hay práctico alguno, que cien veces no haya visto ser consecuencia de los celos, la inapetencia primero, malas digestiones después, y á la larga, la demacración, la consunción y la muerte. El niño celoso, viviendo en su constante sentimiento, embota su espíritu, y, ó se cría vengativo, ó se compenetra en el más negro indiferentismo. De todos modos, el niño con celos sufre

el martirio de Tántalo, y de fijo, la vida le es tan pesada, que nosotros creemos atentaría á su existencia, si el buen Angel de la pobre infancia le permitiera raciocinar sobre su triste condición. Si en algún punto la educación es interesante, es sobre todo porque aparta los celos de la niñez, que son causa de una mortalidad inconcebible, y es futuro manantial de mala semilla para la sociedad. Ya lo hemos dicho: nada de preferencias entre los hijos, nada de hacer para un hijo lo que con otro no se haga. Evitad la entrada á los celos, y si á pesar vuestro estallan, sólo una esquisita educación, llena de los más esquisitos cuidados, es capaz de matar aquella serpiente que emponzoñó tan fatalmente el corazón del pobre niño.

La *soberbia*, que también suele atacar con frecuencia á los niños, haciéndoles creer que son superiores á los demás, cae también como todas las pasiones, bajo el dominio de la educación infantil. Para desterrar tan funesto sentimiento no se debe escasear medio alguno, porque una vez arraigado, es difícil su separación.

La *fatuidad* es como la soberbia, un sentimiento elevado de la propia persona sobre otra; más no alcanza tanto el desdén para con los, á su parecer, inferiores.

Tanto la *soberbia* como la *fatuidad*, son generalmente hijas de una mala educación, más bien que del propio instinto del niño. Si las madres no abultáran las condiciones de sus hijos sobre otros, á su presencia misma, si un amor mal entendido no sembrára la semilla del lujo, de la gula, del escesivo servicio y cuidados en su prole, seguramente que estas pasiones jamás serían el tormento de sus hijos, pues es imposible no les sea molesto el pensar deben vivir en medio de una sociedad de más baja ralea que la propia.

La buena madre, una madre *verdaderamente católica*, lejos de hacer tal cosa, enseña á sus hijos la modestia en el vestir, la igualdad en el trato de niño con niño, aún cuando el

suyo pertenezca á una clase superior; de este modo se prepara á amar al prójimo como á sí mismo, y á no temer el día en que un revés de fortuna le colocára en posición más baja que la actualmente tenida.

Las consecuencias de tan diferente educación, serán para la primera fatales, y honrosas para la segunda, y no solo en el orden moral, sino hasta dentro del orden material mismo.

La *avaricia*. ¿Existe en la niñez esta pasión? ¿Pues no ha de existir? Ya comienza desde que apunta la razón. Esta pasión asoma su cabeza, aún antes de que el niño no se dió cuenta del valor del objeto codiciado, ni tenga idea de la comparación de una cosa sobre otra. Son raros los niños que no sean avaros; y este sentimiento, innato en la niñez, no deja de ser un gérmen malo, que es necesario combatir hasta conseguir su aniquilamiento. El estímulo de la avaricia, es como hemos dicho gérmen de malos sentimientos, y no hay salud perfecta para el organismo cuando el niño está dominado por esta pasión. No dése entrada jamás á la avaricia, y si por desgracia aparece, échese mano de todos los resortes, que son sobrados, para esterminarla.

El *amor*. No venimos aquí á hablar del amor de la pubertad, y sí solo del amor en la niñez, por más que éste tenga tanta similitud con aquél, pues sus términos casi se confunden. Hay sin embargo, una diferencia entre el amor del hombre y el del niño: en el primero interesa al corazón, y la cabeza en el segundo. Interesado éste, desinteresado aquél. El hombre que ama y no es amado, lo escepcional es no venza su inteligencia los impulsos de su corazón. En el niño esto no pasa jamás. Cuando ama, y no es correspondido en aquellas cosas por sí más que amadas apetecidas, vive celoso, impetuoso, iracundo. El niño desea, con raras escepciones, ser amado exclusivamente, y por tanto quiere solo para sí, las caricias de sus deudos.

Estas, repartidas, ya no son para él, amor, dando por re-

sultado lo que dejamos anteriormente referido; de donde se sigue, que en la educación infantil, jamás el amor á los hijos debe pasar de los límites de lo justo y de lo razonable, si no se quiere luego hacer una víctima, cuando se aflojen los tornillos de la amatividad. Nosotros formamos el corazón de nuestros hijos amándolos, sí, pero castigando dulcemente sus estravíos, sin preferencias de ninguna clase. No somos partidarios del amor oculto, esto es, del amor que no se da á conocer, ni tampoco del amor excesivo. Si lo primero priva á los hijos del goce más puro, lo segundo los hace afeminados, y dificulta su corrección. También hemos hablado de lo referente á la educación intelectual y moral del niño, é insistiremos ahora sobre lo mismo para complemento de este capítulo.

Antes que educar al niño intelectualmente, está su educación moral. Para ello, no conviene dirigir de igual modo á unos mismos hijos. Tal hijo necesita un modo de educación, que es inútil en el otro. Lo que juntos rechazan, es el rigorismo, que debe reservarse tan sólo para casos muy escepcionales. Las manifestaciones del alma son tan diferentes como las propias de la fisonomía; de ahí el que debe ser distinto el patrón de educación en cada hijo, según sean las diferencias de las manifestaciones anímicas. Para dirigir la moral y la inteligencia del niño, se requiere un estudio de su temperamento, de su carácter, de sus inclinaciones, en una palabra, de su naturaleza entera: de este modo equilibraremos su moral con su físico.

No se empiece á educar intelectualmente al niño hasta que haya entrado en la edad de la reflexión. Educar antes la inteligencia del niño equivale á dar maestro al mono, al loro, la cotorra, etc. No siendo posible que al niño se le concentre su actividad psíquica en el examen de los actos á que se le quiere sujetar, es irrisoria y muy perjudicial su educación intelectual. En la educación moral ó intelectual todo hay que

esperarlo de la CONSTANCIA y nada del *rigor*. Este embota al alma, después de hecho insensible al cuerpo. El rigor paterno y el rigor del maestro, son contraproducentes, porque, juzgados por el juez-niño, jamás vé igual el castigo, en relación á la gravedad de la falta cometida, resultando que aquellos pierden su fuerza moral, y este se vé sin derrotero fijo.

Nunca el médico debe consentir, sin protesta, que al niño se le obligue al estudio, sin antes hallarse suficientemente desarrollado en la parte física. Ya esto mismo hemos apuntado, y para acabar añadiremos: que la fuente de tanta anemia, de tantas afecciones orgánicas de corazón, de tantas dispepsias prematuras, de tanto histerismo incipiente, de tantos trastornos neurósicos, de tanta clorosis, de tantas precoces alteraciones de la inteligencia, el raquitismo, linfatismo, el gran desarrollo de la tísis, etc., ¿de dónde proceden? ¡Ah! En nuestro concepto, dependen en gran parte, pensando como muchos compañeros de mejores dotes, de hacer que usurpe el cérebro la vida que habría menester el resto del organismo. La sociedad actual, necesita de más vigor físico, que intelectual; no es que éste sobre jamás á la Humanidad, pero si, que cuando, como actualmente sucede, lo intelectual se quiere hacer que supere á lo físico, es como un buque á quien se le arroja en medio de los mares con excesivo cargamento. Viene la tempestad y entonces el experto piloto, para librarse del naufragio, con sentimiento de su alma, opta por arrojar á la mar parte del cargamento, á fin de salvar á la tripulación, al buque, y el resto del equipaje. Lo mismo debe hacer la sociedad: el buque—parte física de la Humanidad—zozobra por exceso de cargamento intelectual; pues bien, tírese al agua parte de este sobrante, y conseguirá llevar su nave orgánica á puerto de salvación, ó sea, á disfrutar de una salud perfecta, alcanzando así una regular longevidad.